

HERNÁN CORTÉS Y LA CONDICIÓN AXIAL DE CEMPOALA EN LA CONQUISTA DE MÉXICO-TENOCHTITLAN¹¹⁶

Félix Báez-Jorge. Universidad Veracruzana.

Sergio Vásquez Zárate. Universidad Veracruzana.

Dr. Félix Báez Jorge

Doctor en Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco (Bilbao) y Doctorando en Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Maestro en Antropología Social (UV). Investigador adscrito al Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III. Es autor de 16 libros y más de 160 artículos científicos, coautor de 14 títulos.

Entre las distinciones que ha recibido debe destacarse la beca de la John Simmon Guggheim Memorial Foundation (1984). En 2005 fue designado miembro regular de la Academia Mexicana de las Ciencias. Ha impartido cursos y conferencias en diversas universidades nacionales y extranjeras.

Mtro. Sergio Zárate Vàsquez

Arqueólogo por la Universidad Veracruzana, Maestro por la Escuela Nacional de antropología e Historia. Desde 1990 es académico de la Universidad Veracruzana. Ha participado y dirigido varios proyectos de investigación arqueológica, así como programas de promoción y difusión del patrimonio cultural. En 2008 obtuvo el premio INAH, Francisco de la Maza, por el mejor trabajo de restauración del Patrimonio edificado. Es autor de más de 50 artículos científicos y de divulgación, sobre temáticas relacionadas con las culturas antiguas del Golfo de Veracruz.

Resumen

Este texto examina la importancia de Cempoala (la antigua capital totonaca) en las acciones estratégicas desarrolladas por Hernán Cortés, orientadas a la Conquista de México Tenochtitlán, la gran urbe sede del gobierno Mexica. Destaca también, los trastelones políticos que orientaron el quehacer militar del capitán extremeño.

Palabras clave

¹¹⁶ Este ensayo forma parte del libro *Cempoala*. Fondo de Cultura Económica-Colegio de México. México, 2011, de Félix Báez-Jorge y Sergio Vásquez Zárate.

Cempoala, Hernán Cortés, México, conquista.

Abstract

Hernan Cortes and the axial requirement of Cempoala in the conquest of Mexico-Tenochtitlan his article examine the relevance of Cempoala (the ancient totonaca capital) in the strategic actions developed by Hernan Cortes, in order to conquest Mexico Tenochtilan, the major city of Mexica goverment. Stand out also the politic swindles that guide the militar actions of the "extremeño" conqueror.

Keywords

Cempoala, Hernán Cortés, Mexico, conquest

El primer contacto de los cempoaltecas con el ejército de Hernán Cortés se produjo días después de que éstas acamparan en los arenales de San Juan de Ulúa, a los que arribaron el 21 de abril de 1519. Mientras Bernal Díaz del Castillo y otro soldado realizaban una guardia en las afueras del acantonamiento, "vieron venir por la playa cinco indios"; al acercarse a los conquistadores con "alegres rostros", les hicieron "caravanas a su usanza" y, valiéndose de señas, pidieron a los invasores que les condujeran ante su jefe. Al advertir que su indumentaria y apariencia eran diferentes a la de otros indios conocidos, se despertó el interés en Díaz del Castillo, según lo evidencia en su crónica:

Y traían grandes agujeros en los bezos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedras pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, en ellas puestas otras rodajas con oro y piedras, y muy diferente traje [...] que traían que los mexicanos que solían estar con nosotros.

Enviados por Chicomacatl (soberano de Cempoala), los mensajeros invitaron a Cortés a visitar su ciudad, además de proporcionarle información respecto a la hostilidad que, desde tiempo atrás, mantenían con Montecuhzoma y los mexicas. Cempoala –anota López de Gómara– se ubicaba a "casi un sol de distancia", y el "término de su tierra estaba a medio camino en un gran río que parte mojones" con las tierras del tlatoani azteca.

La información concerniente a los conflictos entre cempoaltecas y mexicas resultó de enorme utilidad para los propósitos militares de Cortés; el extremeño identificó en esa honda enemistad la posibilidad de fincar una alianza estratégica. Así lo anota Díaz del Castillo al referir el resultado de las conversaciones sostenidas con los enviados de Chicomacatl: "Y de plática en plática supo Cortés cómo tenía Montecuhzoma enemigos contrarios, de lo cual se holgó y con dádivas y halagos que les dio despidió aquellos cinco mensajeros y les dijo que dijeran a su señor que él les iría a ver muy presto".

Hernán Cortés arribó a la capital totonaca a principios de junio de 1519, después de recorrer cuatro leguas desde la Villa Rica de la Veracruz, fundada el 3 de mayo en las dunas de Chalchihuecan. Ahí hizo elegir alcaldes de ayuntamiento a Francisco Montero y Alonso Hernández de Portocarrero. De tal manera, estableció el marco que legitimaría su nombramiento como capitán general y oficial de justicia, que le permitía trato directo con Carlos V. Dejó a un lado la dependencia con Diego Velázquez, gobernador de Cuba, quien en principio le instruyó realizar la expedición en busca de oro, si bien enmascarada con fines humanitarios (“ampliar la fe católica”, rescatar náufragos y comerciar con nativos), orientándola también a obtener noticias sobre la pretendida existencia de “gentes de orejas grandes y anchas y otras que tienen las caras como perros, y así mismo donde y a que parte están las amazonas que dicen estos indios” (“Instrucciones de Diego Velázquez a Hernán Cortés”, incluidas en *Documentos cortesianos*,). En su viaje Cortés siguió la ruta de las expediciones emprendidas por Francisco Hernández de Córdoba (1517) y Juan de Grijalva (1518).

La marcha hacia Cempoala se realizó como parte de un propósito mayor: trasladar el ayuntamiento de Chalchihuecan a un paraje situado frente al poblado totonaco de Quiahuiztlan, ubicado en una elevación de difícil acceso, con estratégica y hermosa vista al mar, muy cercano a la capital totonaca. El sitio (que ofrecía un mayor resguardo de los violentos “nortes” que azotan el Golfo de México) fue localizado por Antón de Alaminos en el recorrido que realizara por la costa (hasta llegar a Pánuco), cumpliendo instrucciones del capitán general.

Hernán Cortés llamó Sevilla a Cempoala, seguramente motivado por el calor, la humedad en el ambiente, la luz del sol brillante, el suelo fértil y el agua por doquier, que acaso le harían recordar la ciudad andaluza situada a orillas del río Guadalquivir, que fuera capital del reino de Taifa. Después de pernoctar en una pequeña aldea y de atender las indicaciones que le transmitieran los guías enviados por Chicomacatl, ordenó la formación de los “tiros, escopeteros y ballesteros”, así como los “corredores de campo” y los jinetes, para iniciar la marcha. Al llegar a “una legua del pueblo”, según la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*,

Salieron veinte indios principales a recibirnos de parte del cacique, y trajeron unas piñas de rosas de la tierra muy olorosas y dieron a Corte y a los de a caballo con gran amor y les dijeron que su señor nos estaba esperando en sus aposentos y por ser muy gordo y pesado no podía venir a recibirnos. Y Cortés les dio las gracias y se fueron adelante [...].

A los ojos de Bernal Díaz del Castillo, la llegada a Cempoala fue un suceso extraordinario, como ya se dijo. En las páginas de su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* el soldado-cronista describe las casas y edificios (remozados para la fiesta del año nuevo indígena), cuyas pulidas paredes (al reflejar los rayos solares) perturbaron la mente de un ambicioso compañero, provocándole la ilusión de que ¡habían sido construidas de plata!, así como las burlas

de la Malinche, Jerónimo de Aguilar y del propio Díaz del Castillo. Las quejas contra Montecuhzoma que el “Cacique Gordo” expresara a Cortés se detallan con particular atención en el texto bernaldiano (“el único [...] de caballería real y fidedigno que se haya escrito”, en palabras de Alejo Carpentier). Este documento es imprescindible para comprender la importancia de Cempoala en las acciones dirigidas al asalto de México-Tenochtitlan. Otra fuente primordial es la segunda de las *Cartas de relación* (dirigida a Carlos V el 30 de octubre de 1520), en la que Hernán Cortés menciona algunas de las maquinaciones políticas y militares que concibió y dirigió en Cempoala. Aquí es preciso recordar –como acertadamente lo ha indicado José Luis Martínez– que el conquistador extremeño “fue una personalidad conflictiva, a causa de lo mucho que hizo y que tuvo, y porque desde el principio de su actuación quiso violentar el curso de las cosas según su propio designio, que no coincidía siempre con la justicia o con la política de la Corona”.

Los agravios de Montecuhzoma a los cempoaltecas fueron expuestos por el “Cacique Gordo” a Cortés el mismo día de su arribo. Dado que los conquistadores partieron a la mañana siguiente rumbo a Quiahuiztlan (auxiliados por cuatrocientos tamemes cempoaltecas), Chicomacatl se trasladó a ese poblado en busca del capitán general; viajó “en andas y a costas de muchos principales”, ascendiendo la escarpada pendiente que conduce al sitio ubicado “entre grandes peñascos”. De tal manera, en una nueva conversación (en la que también participó el soberano de Quiahuiztlan) las quejas contra la opresión mexicana fueron detalladas: entrega anual de “hijos e hijas para sacrificios y otros para servir en sus casas y sementeras”; violación de sus mujeres por los recaudadores de Montecuhzoma; tributación excesiva; robo de sus “joyas de oro”; usurpación de sus tierras, etc. De acuerdo con la crónica de López de Gómara, el soberano de Cempoala “Dijo asimismo como Tlaxcallan, Huexozinco y otras provincias por allí con más la serranía de los totonaques eran de opinión contraria a mejicanos [...]”. En el libro de Díaz del Castillo la opresión mexicana es referida a “más de treinta pueblos” de la “lengua totonaque”.

La súbita presencia en Quiahuiztlan de cinco recaudadores de tributos enviados por Montecuhzoma fue aprovechada sagazmente por Cortés. Imponiéndose al temor de los soberanos totonacas, los convenció de que debían apresarlos (incluso golpeando a uno de ellos “que no se dejaba atar”). Acto seguido (en pleno manejo de la retórica política), el capitán general –según lo narra Bernal Díaz del Castillo– mandó:

a todos los caciques que no les dieran más tributos ni obediencia a Montezuma, y que así lo publicasen en todos los pueblos sus aliados y amigos; y que si otros recaudadores hubiese en otros pueblos como aquellos, que se los hicieran saber, que él enviaría por ellos

El “Cacique Gordo” envió mensajeros a los habitantes de su provincia para informarles de “todo lo acontecido; y viendo cosas tan maravillosas y de tanto peso para ellos”. Esta fue razón suficiente (según lo indica Díaz del Castillo) para que consideraran *teules* a los españoles, nombre

con el que los indígenas llamaban “a sus ídolos en que adoraban”. La astucia política de Hernán Cortés estableció las coordenadas de la siguiente y sorpresiva acción: impidió que sacrificaran a los recaudadores (según lo había acordado el “consejo de todos los caciques”). Ordenó que fueran encarcelados quedando bajo la vigilancia de soldados españoles. La escena quedó preparada para que, por la noche, Cortés liberara a dos de ellos (“los más diligentes”), a los que dijo que ignoraba la razón de su encarcelamiento:

[...] les mandó dar de comer y les dijo palabras de muchos halagos y que se fuesen luego a decir a su señor Montezuma cómo éramos todos nosotros sus grandes amigos y servidores [...] y riñó con los caciques que les tenían presos [...] y que los tres indios sus compañeros que tienen en prisiones, que él los mandará soltar y guardar, y que vayan muy presto no los tornen a prender.

Esa noche Cortés ayudó a escapar a los dos recaudadores mexicas: ordenó a seis hombres que “los llevaran en un batel obra de cuatro leguas de allí hasta sacarles a tierra segura fuera de los términos de Cempual”. La supuesta huida enojó al “Cacique Gordo” y a los principales de Cempoala y Quiahuiztlan, al grado que intentaron asesinar a los tres cobradores que quedaron prisioneros. En solidaridad aparente, Cortés fingió enojo también, “mandó a traer una cadena de navío y echólos en ella y luego los mandó llevar a los navíos y dijo que él los quería guardar”. Fue ésta una nueva argucia, dado que más tarde “les mandó quitar las cadenas y les dijo que presto los enviaría a México”. La decisión de Cortés provocó el temor de “todos los caciques de Cempual [...] y de otros que se habían allí juntado de la lengua totonaque”, según lo explica Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Advirtieron preocupados que “vendrían sobre ellos los poderes de México, del gran Montezuma y que no podían escapar de ser muertos y destruidos”. Calmando sus ánimos exaltados, “con semblante muy alegre”, Cortés les dijo –según lo anota Díaz del Castillo– que “él y sus hermanos que allí estábamos les defenderíamos y mataríamos y quienes enojarlos quisiese”. El gesto firme y teatral del capitán general motivó la alianza de conquistadores y totonacos, posibilitando que “juntara sus poderes contra Montezuma y todos sus aliados”. El escribano Diego Godoy daría fe de este pacto político-militar, indiscutible pivote de la conquista de México-Tenochtitlan.

La perspicacia estratégica de Hernán Cortés ha motivado diferentes abordajes analíticos. Su visión política y militar se ha confrontado con *El príncipe*, de Nicolás Maquiavelo (si bien el extremeño no pudo leer esta formidable obra, toda vez que fue publicada hasta 1532, diecinueve años después de haber sido escrita). Con base en el examen de modelos históricos-literarios, Beatriz Aracil Varón observa que “el análisis de las *Cartas de relación* a partir de los presupuestos maquiavélicos puede arrojar mucha luz sobre la imagen que el conquistador pretende dar de sí mismo [...]”. En sintonía con las reflexiones vertidas por Beatriz Pastor en su libro *Discurso narrativo sobre la conquista de América*, Aracil Varón señala que en las primeras *Cartas de*

relación “Cortés realiza un proceso de mistificación de su propia figura, que corresponde en sus rasgos esenciales al modelo renacentista reflejado en *El príncipe*”, considerando que “se describe a sí mismo como perfecto hombre de guerra, político y gobernante”. Alude, desde luego, al “proceso de ficcionalización de la conquista”, planteado en el antes citado estudio de Pastor.

Al abordar el “ingreso a la historia” de Hernán Cortés y los “modelos históricos-literarios propios de la tradición europea” que el conquistador utilizó, Beatriz Aracil Varón refiere que Julio César “fue el héroe con quien más compararon a Cortés los cronistas y poetas de los siglos posteriores”. Anota que el extremeño “debió leer al menos a Salustio y Plutarco”, además de que “hay una evidente afinidad temática y estilística” entre la obra del conquistador de México-Tenochtitlan y los *Comentarios a la guerra de las Galias* de César, gran héroe mítico que deviene historiador de sí mismo. Menéndez Pelayo –afirma la citada autora– “destacó la manera en que la escritura ‘nerviosa y viril, rápida y sobria de las memorias de César se habían reproducido, a través de los siglos [...] en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés”. Un tercer modelo referencial, explica Aracil Varón en su ensayo revelador, “sería la figura central del cid, vasallo ejemplar que dedica su vida a ganar nuevas tierras para el rey”, imagen heroica transmitida “a través de las crónicas [...] como el Romancero”.

No es materia de este libro examinar a fondo los planteamientos diversos y contradictorios en torno a la debatida figura de Hernán Cortés. Sin embargo, precisa señalar que, desde cualquier perspectiva que se elija para sustentar dicho análisis, es imprescindible observarlo como un actor militar y político condicionado por diversas circunstancias de orden social y tecnológico que, ciertamente, trasciende en el ámbito estricto de su compleja personalidad, sea que se le equipare al modelo maquiavélico, al conquistador de las Galias, al Cid Campeador o al cruel y ambicioso expedicionista que en el poema de Neruda “no tiene armas, es rayo frío, corazón muerto en la armadura”. Es incuestionable que en la conquista de México los factores tecnológicos (armas de fuego, uso del hierro, del caballo y de los perros con fines bélicos, artes de guerra probadas a través de los siglos) se anudaron a los profundos conflictos internos de orden político y social que enfrentaban los pueblos mesoamericanos, ante el férreo dominio de México-Tenochtitlan (descontento y temor son los términos claves para explicar los perfiles de esta opresión).¹¹⁷ No debe olvidarse que la definición de los patrones civilizatorios en Mesoamérica fue dinamizada por las expansiones militares. En estas circunstancias se explica que en Cempoala Hernán Cortés iniciara el tejido de una complejísima red de alianzas militares, intrigas y estratagemas políticas, acaso siguiendo la lectura de Salustio en su obra la *Guerra de Jugarta*, en la que aborda las traiciones, rencillas, alianzas “entre líderes de un mismo bando” en las que “un hombre hábil y astuto” se enfrenta “a todo un imperio”, según lo sugiere Beatriz Aracil Varón. Acaso este

¹¹⁷ Eric Wolf ha señalado con acierto que “la ideología desempeñó una función especial en el crecimiento de este Estado centralizado y centralizador. Los nuevos dirigentes reescribieron su historia para impedir la propagación de ‘falsedades’ y para asegurar el monopolio de las versiones elitistas de la ‘verdad’. Estas verdades sostenían el derecho de los tenochcas de ser los herederos de las anteriores civilizaciones ‘toltecas’ de Tula y Teotihuacán”.

entramado fue facilitado por la idea de que, en un principio, los indígenas equipararon a los invasores españoles a “los que sus antepasados les habían dicho que habían de venir de sus tierras”, atendiendo el apunte de Bernal Díaz del Castillo.

La imposición de la fe

Otro factor de primordial importancia aprovechado por Hernán Cortés fue la articulación del poder y la religión en el mundo mesoamericano (en el contexto de una cosmovisión totalmente diferente a la europea) que, con su astucia característica, advirtió desde sus primeros contactos con los mayas en Cozumel y Tabasco. Se explica así que después de vencer a los indígenas en el cruento combate de los llanos de Centla¹¹⁸ y de pactar la paz con los jefes tribales (amedrentándolos con relinchos de los caballos y el estruendo de un pequeño cañón), Cortés manda grabar una cruz en una enorme ceiba (*yaxché*, el árbol sagrado maya) que marcaba el centro del poblado, “a efecto de que durara mucho, [...] con la certeza que suele reverdecer está siempre la cruz señalada”, según se indica en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Examinada en una perspectiva más amplia, es evidente que mediante este acto Cortés estableció la hegemonía del símbolo cristiano sobre el árbol sacro de los mayas. El capitán general también ordenó levantar un altar a la Virgen María y construir una enorme cruz de madera¹¹⁹, ante los cuales el fraile Bartolomé de Olmedo predicó contra la idolatría y bautizó a las veinte doncellas que fueron entregadas a los invasores hispanos (entre ellas Malintzin, llamada, desde entonces, “doña Marina”). Fue ésta la primera acción evangelizadora en el Continente Americano. Después Hernán Cortés celebró el Domingo de Ramos acompañado de los jefes indígenas, a los cuales les encomendó al partir “la santa imagen y santas cruces”, advirtiéndoles que las “tuvieran muy limpias y barridas, y que las reverenciasen y hallarían salud y buenas sementeras”, de acuerdo con el texto de Bernal Díaz del Castillo.

Las experiencias vividas por los conquistadores en Cozumel y Tabasco serían antecedente de importancia para la destrucción de las imágenes religiosas en Cempoala. Después de mediar en un álgido conflicto entre Cempoala y uno de sus pueblos tributarios, Cortés regresó a la capital totonaca. En señal de gratitud y hermandad Chicomacatl le entregó ocho doncellas ricamente ataviadas (“todas hijas de caciques”), para que los conquistadores las tomaran por mujeres “para ser generación”, atendiendo las palabras de Díaz del Castillo. El capitán general agradeció el obsequio si bien advirtió que la hermandad planteada por el “Cacique Gordo” no era posible en tanto “tengan aquellos ídolos en que creen y adoran, que los traen engañados, y que no le

¹¹⁸ Batalla que fue ganada por los invasores hispanos gracias a la intervención de la caballería, comandada por el propio Hernán Cortés, quien ordenó a sus soldados dirigir sus lanzas al rostro de los enemigos tal como César lo mandara en la batalla con Pompeyo. Los mayas, sobrecogidos por el terror: “[...] creyeron [...] que el caballo y el caballero eran todo uno”, explica Bernal Díaz del Castillo, contando más de ochocientos indígenas muertos y dos soldados españoles. Véase también el comentario de W. H. Prescott en su *Historia de la conquista de México*.

¹¹⁹ López de Gómara anota que “se puso una cruz en el templo mayor de Potonchan, y de rodillas la besaron los nuestros, y tras ellos los indios [...]”.

sacrifiquen más ánimas". Declaró también que las mujeres deberían bautizarse antes de recibir las como esposas, criticando de paso la sodomía y los cruentos sacrificios. La respuesta de los dignatarios y sacerdotes de Cempoala fue contraria a lo expresado por Cortés, atendiendo a lo que se indica en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*:

Y todos los caciques, *papas* y principales respondieron que les estaba bien dejar sus ídolos y sacrificios, y que aquellos sus dioses les daban salud y buenas sementeras; y que en cuanto a los de las sodomías [...] pondrán resistencia en ello para que no se use más.

Díaz del Castillo detalla el enojo que el desacato de los cempoaltecas motivó en Cortés. Aperció a sus huestes de pelear con los indígenas si éstos mantenían su actitud, al conocer la instrucción que el "Cacique Gordo" diera a sus guerreros para "defender sus ídolos". En enfrentamiento verbal entre el capitán general y los totonacas llegó al punto en el que los principales indígenas "dijeron que ellos no eran dignos de llegar a sus dioses, y que si nosotros los queríamos derrocar, que no era con su consentimiento; que se los derrocásemos o hiciésemos lo que quisiésemos". Enseguida, anota el cronista, cerca de cincuenta soldados subieron a un templo ("un alto *cu*") y arrojaron hacia las gradas las imágenes que ahí se veneraban:

Y vienen rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros, y otras figuras de manera de medio hombre, y de perros grandes, y de malas semejanzas y cuando así los vieron hechos pedazos, los caciques y *papas* [...] lloraban y tapaban los ojos, y en su lengua totonaque les pedían que los perdonasen, y que [...] no tenían culpa sino esos *teules*, que os derrocan, y que por temor de los mexicas no nos daban la guerra.

En apoyo a su acción Cortés ordenó apresar al "Cacique Gordo", a seis sacerdotes y a otros principales, previniendo el ataque de los guerreros que pretendían defender sus deidades. Enseguida, ordenó la quema de las imágenes derrocadas, exhortando a los cempoaltecas a ser "como hermanos", insistiendo en que no deberían tributar a Montecuhzoma. Es decir, aprovechó la situación de dominio para refrendar los términos de su alianza establecida en días anteriores. Sumó a esta arenga, palabras en favor de la fe cristiana ("tan bien dichas como ahora los religiosos"), a partir de la imagen de la Virgen María. De Cozumel a Tabasco, y de ahí a Cempoala, estaba en marcha lo que Serge Gruzinski llamaría con razón, la "guerra de las imágenes". Cortés – observa el historiador francés– "ya sabía lo que debía encontrar ahí para justificar su conquista de México: los ídolos". Bernal Díaz del Castillo describe con detalle la energía contra "la idolatría" desplegada por el capitán extremeño:

Y luego les mandó llamar todos los indios albañiles que había en aquel pueblo y traer mucha cal para que aderezasen, y mandó que quitasen las costras de sangre que estaban en aquellos *cúes*, y que lo aderezasen muy bien. Y luego otro día se encaló y se hizo un altar con buenas mantas; y mandó traer muchas rosas, de las naturales que había en la tierra, que eran bien olorosas, y muchos ramos, y lo mandó enramar y que lo tuviesen limpio y barrido a la continua. Y para que tuviesen cargo de ella, apercibió a cuatro *papas* que se trasquilasen el cabello, que los traían largos, como otra vez he dicho, y que vistiesen mantas blancas y se quitasen las que traían, y que siempre anduviesen limpios y que sirviesen aquella santa imagen de Nuestra Señora, en barrer y enramar, y para que tuviesen más cargo de ello puso un nuestro soldado cojo y viejo, que se decía Juan de Torres, de Córdoba, que estuviese allí por ermitaño y que mirase que se hiciese cada día así como lo mandaba a los *papas*.

Díaz del Castillo anota que a la misa concurrieron “principales y caciques de aquel pueblo y de otras que se habían juntado”, así como las doncellas entregadas a los invasores “que todavía estaban en poder de sus padres y tíos”, las cuales fueron bautizadas. Leyendo con atención la crónica antes citada, es evidente que en la conquista de México se repitieron antiguas experiencias catequistas implantadas en Europa, como fue el caso de las *Instrucciones* que el papa Gregorio Magno dictara para la cristianización de Inglaterra, equiparables a la doctrinación en Cempoala. Por tal motivo vale la pena citar parte del contenido de la epístola suscrita en el año 595 por el mencionado pontífice (de quien el Canto Gregoriano toma su nombre), dirigida a San Agustín (responsable de la encomienda) y a un grupo de misioneros benedictinos:

He reflexionado mucho acerca de los anglos. Decididamente, no se deben destruir los templos de los pueblos, sino únicamente los ídolos que se encuentran en su interior. Se bendecirá agua [...] y con ella rocíense los templos. Constrúyanse altares y deposítense en ellos las reliquias.

Estos templos tan bien contruidos deben pasar del culto de los espíritus malos al culto del Dios verdadero [...] Y puesto que solían sacrificar muchos bueyes a los espíritus malos, es necesario conservar, modificada, esta costumbre, también, haciendo un convite, un banquete, con mesas y ramas de árbol puestas alrededor de la iglesia, que antes eran templos, el día de la consagración de la iglesia misma o de la fiesta de los santos mártires cuyas reliquias se hayan colocadas en los tabernáculos [...].

Este texto tiene especial interés para documentar los antecedentes de uno de los *modos operandi* de la evangelización colonial. Sustituciones simbólicas, reinterpretaciones numinosas y

tolerancia programada como pivotes de la conversión, son sugeridas por Gregorio Magno (o san Gregorio I) con notable habilidad, acaso signada más por el sentido político que por la piedad. Gruzinski considera “iniciativa tan desconcertante como paradójica” que Cortés confiara “el conjunto ya limpiado y cristianizado a los caciques y a los *papas*, es decir, a los habituales guardianes de los ídolos”. Sin embargo, a la luz de las instrucciones gregorianas antes referidas, su proceder debe dimensionarse en la perspectiva fundamentalmente pragmática que caracterizara las acciones políticas sustentadas en las concertaciones entre la espada y la cruz.

Cempoala, origen de la conquista

La presencia de Cempoala en el entramado de la conquista de México-Tenochtitlan refiere a otros sucesos significativos. Escuchando el consejo del “Cacique Gordo”, el 16 de agosto de 1519 Hernán Cortés partió de la ciudad con rumbo a Tlaxcala, con la intención de concertar una alianza militar contra los mexicas. En la segunda de las *Cartas de relación* el conquistador indica que integraban su tropa quince soldados “de caballo y trescientos peones lo mejor aderezados de guerra que yo pude”. De acuerdo con López de Gómara, las huestes sumaban 400 españoles y 1300 indígenas “nobles y de guerra”, así como *tamemes* (cargadores) y nativos que Cortés había traído de Cuba. En la *Historia de las Indias de Nueva España y Tierra Firme* de Diego Durán se incluye una escena que figura el desplazamiento de esta expedición. La crónica de Bernal Díaz del Castillo amplía la información: cuarenta principales cempoaltecas acompañaron a los conquistadores, y precisa el número de doscientos *tamemes* “para cargar la artillería”, apoyo muy apreciado por el soldado-cronista, toda vez que –indica– “nosotros pobres soldados [...] temíamos que llevar nuestras armas [...] lanzas, como escopetas y ballestas y rodela y todo otro género de ellas, con ellas dormíamos y caminábamos”.

Cortés inicia su expedición rumbo a la capital tenochca después de reprimir el alzamiento de cuatro soldados adictos al gobernador Diego Velázquez, quienes pretendían apoderarse de su bergantín, asesinar al maestro y retornar a Cuba para informar al gobernador sobre el viaje a Castilla emprendido por Hernández Portocarrero y Montejó, por instrucciones de Cortés. Los rebeldes fueron severamente sancionados (“los castigué conforme a justicia”, anota el capitán extremeño): Pedro Escudero fue ahorcado, al igual que el piloto Diego Cermeño; a Leonardo de Umbría le cortaron los dedos de los pies y Alonso Peñate recibió doscientos azotes. Al sacerdote Juan Díaz se le intimidó, toda vez que mantenía con los alzados. Según las palabras de Bernal Díaz del Castillo, Cortés suscribió las sentencias con encontrados sentimientos, exclamando: “Oh, quién no supiera escribir para no firmar muertes de hombres”, frase que lleva al cronista a recordar la “de aquel cruel Nerón en el tiempo que dio muestras de buen Emperador”.¹²⁰

¹²⁰ Sigo a José Luis Martínez en esta descripción. Citando a Orozco y Bena, este autor indica que “el dicho de Nerón procede de Suetonio”. Véase *Hernán Cortés*, p. 205.

Vendría después el suceso en torno a la supuesta quema de los barcos ordenada por Cortés (cuando en realidad solamente ordenó barrenarlas y dismantelar todos los materiales útiles que contenían. Las naves ya no servían para navegar). Aquí es pertinente citar la exacta observación de José Luis Martínez:

La fábula de que Cortés quemó sus naves en lugar de sólo barrenarlas apareció desde mediados del siglo XVI. Probablemente se originó, como supuso Federico Gómez de Orozco, en una de las posturas que ornaban el túmulo imperial, levantado en las exequias de Carlos V, en México, 1599, pintura que Francisco Cervantes de Salazar describió diciendo que representaba “los navíos en que [Cortés] pasó, quemados y echados al través”.

Bernal Díaz del Castillo impulsaría el efectismo de arrojo y heroicidad asociado a la pretendida “quema de naves”, señalando que al manifestar los soldados su solidaridad a Cortés, “echada estaba la suerte de la buena ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón”.

En el complejo escenario de enfrentamientos y alianzas que enmarcó el trato entre invasores y tlaxcaltecas, destaca el papel que cumplió el experimentado *teuch* (“cempoalteca criado desde niño en la guerra”), quien orientó a Hernán Cortés para descubrir a los cincuenta espías indígenas a quienes el capitán general mandó cortar las manos, las que envió a sus jefes en señal de escarmiento. Esta fue una acción decisiva para la conquista de Tlaxcala, por la que –anota López de Gómara– “Cortés le agradeció el buen aviso, y se maravilló cómo él ni español ninguno no habían dado en aquello”.

Finalmente los guerreros tlaxcaltecas encabezados por Xicotencatl fueron vencidos; las huestes hispanas entraron en Tlaxcala el 18 de septiembre de 1519. La alianza entre conquistadores e indígenas se concreta en días posteriores cuando Xicotencatl (“el viejo”, que era ciego) y otros caciques les ofrecen a sus hijas “para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos tenerlos como hermanos”. El sacerdote Juan Díaz bautizó a las “cacicas”, según palabras de Bernal Díaz del Castillo. “¿Pero pasaban los tlaxcaltecas al campo castellano o eran los españoles los que se integraban al bando indígena?”, pregunta con agudeza Christian Duverger.

Un hecho escasamente examinado es el de la participación de los guerreros cempoaltecas (al lado de los tlaxcaltecas) en la matanza de Cholula (16/18 de octubre de 1519), cuya crueldad consigna el *Lienzo de Tlaxcala*. Bernardino Vázquez de Tapia (testigo de los hechos) pone en duda el supuesto alzamiento de los cholultecas “para matar los cristianos”, que se esgrime como causa de la masacre, e indica que, además de los cuatro o cinco mil indios asesinados en el Templo Mayor, se victimaron a dignatarios en sus casas, calculando “entre muertos e cautivos [...] más de veinte mil personas” (“Declaración de Bernardino Vázquez de Tapia”, véase José Luis Martínez, *Documentos cortesianos*). Los cempoaltecas y tlaxcaltecas que apoyaron a los conquistadores,

escondidos fuera de la ciudad esperaron el estruendo de una escopeta, señal con la que se sumaron al ataque.

Díaz del Castillo afirma que “iban por la ciudad robando e cautivando, que no se les podía detener”. Respecto a esta “matanza innoble cuyo horrible modelo se repetiría en el Templo Mayor”, como acertadamente lo observa José Luis Martínez, Bartolomé de las Casas formula un juicio demoledor en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Después de cuestionar la supuesta celada que los cholultecas preparaban contra los invasores, señala que los cinco o seis mil indios que habían sido solicitados para llevar las cargas se presentaron ante los españoles “solamente cubriendo sus vergüenzas e con unas redecillas en el hombro”. Indica también que “a todos los señores, que eran más de cien y tenían atados, mandó el capitán quemar y sacar vivos en palos hincados en la tierra”. Fiel a Cortés Bernal Díaz contradice al dominico apoyándose en una pesquisa oficial que el rey de España encargó a los franciscanos, después de la toma de México-Tenochtitlan.

En el episodio relativo a la expedición comandada por Pánfilo de Narváez, que el gobernador Diego Velázquez envía desde Cuba para someter a Cortés, Cempoala fue también teatro de acciones decisivas. Retornando apresuradamente de México-Tenochtitlan, el 28 de mayo de 1520, el sagaz extremeño dirige el ataque contra Narváez y sus tropas que se atrincheraban en Cempoala con la obligada colaboración de Chicomacatl. Refugiado en la cúspide el Templo Mayor, Narváez fue capturado por el alguacil Gonzalo de Sandoval. En la segunda de sus *Cartas de Relación*, Cortés refiere el hecho:

Así se subió a la torre hasta donde el dicho Narváez tenía su cama, donde él y hasta cincuenta hombres que con él estaban pelearon con el dicho alguacil mayor y con los que con él subieron, y puesto que muchas veces le requirieron que se diese a prisión por vuestra alteza, nunca quisieron hasta que se les puso fuego y con él se dieron.

Bernal Díaz del Castillo explica que Chicomacatl (el “Cacique Gordo”) fue herido en la escaramuza dado que permanecía oculto en el aposento donde se hallaba Narváez, al cual, se dice, se había aliado. Terminado el enfrentamiento el capitán general le mandó curar muy bien y lo puso en su casa. Hernán Cortés refiere también los daños que la tropa de Pánfilo de Narváez causó durante su breve estancia en Cempoala, saqueando y provocando la huida de sus habitantes:

[...] en aquella ciudad no se podía sostener tanta gente junta, mayormente que ya estaba casi destruida porque los que con el dicho Narváez estaban en ella la habían robado, y los vecinos estaban ausentes y sus casas solas.

Bernal Díaz del Castillo ofrece mayor información sobre los destrozos causados. Anota que, al llegar a Cempoala, Pánfilo de Narváez “tomó por la fuerza al Cacique Gordo”, así como “todas las mantas y ropas de oro que Cortés le dio a guardar antes de que partiésemos para Tlaxcala” y también “tomó las indias que habían dado los caciques de aquel pueblo que se las dejamos en casa de sus padres”. Anota además que: “el Cacique Gordo dijo muchas veces a Narváez que no le tomase cosa alguna de lo que Cortés le dejó en poder [...] y aun se quejó de muchos males y robos que sus gentes le hacían en aquel pueblo”.

De acuerdo con lo indicado por Cortés la expedición de Pánfilo de Narváez estaba formada por ochocientos soldados, ochenta caballos, diez o doce piezas de artillería, trasladados desde Cuba en dieciocho barcos. Los mensajeros de Montecuzohma avisaron al capitán general del arribo de esta armada a las costas de San Juan de Ulúa, a principios de mayo de 1520. Al ser vencido Narváez, esta fuerza reforzó significativamente el ejército de Cortés, quien ofreció a los soldados vencidos riquezas y poder. Narváez permaneció durante dos años preso en la Villa Rica de la Vera Cruz. A partir de lo acontecido en Cempoala el capitán general acrecentó sus recursos bélicos y fortaleció su naciente poderío.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, José de, *Historia natural y moral de las Indias*, edición preparada por Edmundo O’Gorman, México: Fondo de Cultura Económica, 1ª reimpresión, 1979.

Aguilar, Francisco de, *Historia de la Nueva España*, México: Editorial Botas, 1938.

Aracil Varón, Beatriz, “Hernán Cortés en sus *Cartas de relación*. La configuración literaria del héroe”, en *Nueva revista de filología hispánica*, t. LVIII, núm. 2, 2009, pp. 747-759.

Benavente, Toribio de, *Historia de los indios de la Nueva España*, estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O’ Gorman, 8ª edición, México: Editorial Porrúa, 1969.

Del Paso y Troncoso, Francisco, *Papeles de la Nueva España*, 7 vols., Madrid: Estudio Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1905.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, col. Sepan cuantos... núm. 5, México: Editorial Porrúa, 1967.

Durán, Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, t. II, Edición paleografiada de Ángel María Garibay, México: Editorial Porrúa, 1967.

Gruzinski, Serge, *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a “Blade Runner” (1492-2019)*, México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Landa, Diego de, *Relación de las cosas de Yucatán*, 12ª edición, México: Editorial Porrúa, 1982.

López de Gómara, Francisco, *Historia de la conquista de Méjico*, II tomos, Barcelona: Biblioteca Clásica Española, 1887.

Martínez, José Luis (ed.), *Documentos cortesianos 1518-1528*, t. I, México: UNAM, Fondo de Cultura Económica, 1990.

_____ *Hernán Cortés*, México: UNAM, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Prescott, William H., *Historia de la conquista de México*, t. I., Buenos Aires: Shapire S.R.L., 1968.

Relación del Obispado de Tlaxcala, colección García Icazbalceta, México, 1904.

Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, t. III, libro X, edición, numeración, anotaciones y apéndices de Ángel María Garibay, México: Editorial Porrúa, 1969.

Torquemada, Juan de, *Monarquía Indiana*, introducción de Miguel León Portilla, 3 vols., México: Editorial Porrúa, 1969.

Wolf, Eric, *Figurar el poder. Ideologías de dominación y crisis*, México: CIESAS, 2001.